

El Nazismo y la religiosidad. Relaciones y pugnas por el poder.

Maria Luz Longo.

Cita:

Maria Luz Longo (2013). *El Nazismo y la religiosidad. Relaciones y pugnas por el poder. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/199>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 23

Título de la Mesa Temática: "... y el resto del mundo"

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Dra. Marcela Lucci, Dr. Mariano Eloy Rodríguez Otero y Dr. Arq. Fernando Martínez Nespral.

**EL NAZISMO Y LA RELIGIOSIDAD. RELACIONES Y PUGNAS POR EL
PODER.**

Maria Luz Longo

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

marialuzlongo@hotmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

EL NAZISMO Y LA RELIGIOSIDAD. RELACIONES Y PUGNAS POR EL PODER.

Maria Luz Longo

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

marialuzlongo@hotmail.com

El fascismo, y más específicamente el Nazismo, constituye un proceso histórico impresionante por donde lo miremos. Su desarrollo a través de los años, desde su surgimiento hasta su caída, llevó hasta los límites sus principios fundacionales, aquellos que los colocaron en el poder. Su devenir económico, político, social, cultural, ideológico, etcétera, ha dado como resultado una incontable bibliografía respecto a este proceso tan complejo de la Historia Contemporánea, en el presente trabajo me centraré en la relación entre el Tercer Reich y las iglesias, tanto católica como protestante, para lograr vislumbrar, acotadamente, como se llevaba a cabo dicha relación.

El fascismo, al constituir un proceso histórico muy complejo, el intentar categorizarlo también constituye una tarea complicada. Es por ello, que existe una controversia alrededor de buscar, y encontrar, la existencia de definiciones de un fascismo en términos generales, distinto de una diversidad de movimientos y regímenes nacionalistas radicales y autoritarios que sean diferentes entre sí, pero con mínimos rasgos de similitud (Payne, 1996:193). Dentro de este intento de generalización del fascismo, el régimen de Mussolini y el de Hitler, puede decirse que por lo menos compartían un destino común, sin con ello considerarlos idénticos en todos sus aspectos, creo posible reflexionarlos como equivalentes históricos en sus países respectivos.

A comienzos de la década de 1930, estos sistemas estaban tomando forma y, en ese entonces, nos explica Payne, los mismos dirigentes fascistas y nazis veían pocas coincidencias entre ellos mismos, aparentemente representaban un nuevo punto de partida en comparación con expresiones políticas anteriores, pero no estaba claramente identificado aquello que los diferenciaba.

A pesar de dicha controversia entre el nacionalsocialismo, al fascismo italiano y otros sistemas totalitarios de gobierno, cada uno se puede estudiar con sus características y fenómenos propios. De esta manera, es posible aludir a varios

regímenes semifascistas o fascistas y, así a su vez, distinguirlos entre el carácter y la estructura de cada uno de ellos. Podemos considerar, dentro de un contexto de auge del totalitarismo en el siglo XX europeo, que el régimen de Hitler fue la expresión mas extrema de un fascismo en términos generales y el único régimen-sistema completamente fascista, ya que llevó a cabo todo lo que era necesario en pos de la eliminación de todo pluralismo, y en su ultimo año de existencia casi lo había logrado por completo (Payne, 1996:203).

Payne nos ofrece una clave para comprender de manera histórica al fascismo, ya que considera que no se puede llegar a hacerlo si seguimos premisas referentes a que constituía una clase social demoníaca o a alguna abstracción sociológica o filosófica. Nos explica que la única forma de comprender el fenómeno del fascismo es a través de los contextos históricos particulares de la Europa central donde se dieron lugar en los años posteriores a la primera Guerra Mundial. El éxito con que contaron los regímenes fascistas dependió de las circunstancias históricas nacionales que los rodeaban y de ciertas variables culturales, políticas y sociales.

Respecto a las variables culturales, las mas preponderantes fueron las doctrinas de un intenso militarismo nacional y del socialdarwinismo internacional, que influyeron fuertemente a las generaciones de la Primera Guerra Mundial en Europa central y sus alrededores, sumado a las corrientes filosóficas y culturales del neoidealismo, vitalismo y culto al héroe reinantes en aquel periodo.

La principal variable política no fue en primera instancia el derrumbamiento de la democracia liberal, sino que fue el impacto de la derrota militar y la consecuente y grave frustración nacional lo que llevó a crear reacciones dentro de sistemas políticos en los que acababa de iniciarse la transición a la democracia liberal movilizadora. Sin éste proceso, los fascismos no podrían haber avanzado lo suficiente dentro de sistemas democráticos preliberales, en los cuales no se permitía ni la movilización, ni los desafíos al sistema, ni las elecciones verdaderamente libres. Más aún, tanto el fascismo italiano como el nacionalsocialismo, se sirvieron de sistemas que habían o estaban llevando a cabo una transición hacia una democracia liberal acompañada de una fuerte crisis nacional.

Las variables sociales estuvieron mas estrechamente ligadas a la expansión de sectores medios de las sociedades que todavía no estaban ajustados a un marco moderno, industrial y democrático liberal de economía y de gobierno. El fascismo no se acomodaba en países plenamente desarrollados ni tampoco en aquellos con una fuerte

impronta agraria y atrasados. Sino que se dieron lugar en el seno de sociedades que sufrían las consecuencias de las frustraciones de una condición intermedia nacional, imperial y prácticamente estructural de principios del siglo XX, donde se daba una cultura dependiente del activismo, la autoridad declarada, la comunidad orgánica, la fuerza de voluntad y la violencia(Payne, 1996:206 y 207).

Después de esto cabe destacar que distinguir, geográficamente, a Europa central, centrorienta y a la España de la Guerra Civil y, cronológicamente, al periodo de 1919-1945 como la era del fascismo es bastante acertado ya que constituyó uno de los movimientos mas originales y vigorosos del radicalismo de nuevo tipo en aquel tiempo y lugar. Para completar, Payne, nos presenta las principales características de los movimientos fascistas europeos:

1. Autoritarismo nacionalista permanente de partido único.
2. Principio de jefatura carismática.
3. Búsqueda de una ideología etnicista sistémica, distinta del liberalismo y del marxismo.
4. Sistema estatal autoritario y economía política de corporativismo.
5. Principio filosófico de activismo voluntarista, no limitado por ningún determinismo filosófico (Payne, 1996: 214).

El nacionalismo extremo fue la base de los fascismos, y los movimientos nacionales reflejaban con mucha sensibilidad lo que los separaba uno de otro de forma institucional, cultural, social y espiritual y ello trajo consigo muchas variantes nacionales, entre ellas el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y el falangismo español. Uno de los valores de más importancia en la modernidad es la idea de nación cultural, porque evoca el sentido religioso secularizado de la comunidad y el cual los diferentes grupos sociales, en los que se encuentra incluido el Estado, trataran de apropiárselo. El nacionalismo vino de la mano de la modernidad pero se desplegó de dos maneras, antes de 1870, aproximadamente, existía un nacionalismo democrático, progresista y humanitario y luego de 1870 el nacionalismo se hizo imperialista, autoritario y chauvinista. Podemos ver las dos caras de la misma manera, por un lado, un nacionalismo democrático y liberador y, por el otro, el despotismo del nacionalismo totalitario. El punto está en comprender en manos de qué agente un nacionalismo se convierte en el otro, y el Estado cumple un rol preponderante en dicha transformación, creando un nacionalismo que sirva tanto al interior como hacia la expansión exterior. “El estado se apropió de la capacidad del nacionalismo de proporcionar sustento físico y

emocional en una época marcada por el declive de la religión y por la deshumanización del industrialismo. El nacionalismo tuvo un gran auge porque despertaba los potentes sentimientos arraigados en la tradición histórica y en la pertenencia territorial para dar sentido a la vida de los individuos en un universo con una creciente falta de sentido... El nacionalismo puede fortalecer al estado dotándolo de una fidelidad casi religiosa” (Llobera, 1994: 260).

La culminación de este nacionalismo de Estado fueron los regímenes fascistas que se dieron lugar en Europa occidental bien entrado el siglo XX. Tanto el nacionalismo alemán como el italiano se nos presentan como ejemplos de la transición del nacionalismo cultural al político, y también de los poderosos efectos del principio nacionalista. Las ideas nacionalistas tomaron diferentes formas dependiendo de los diferentes agentes que las promovieron o las manipularon.

En cuanto a que el fascismo fue la culminación del nacionalismo de estado, Llobera extiende su explicación a todos los países de Europa occidental que desarrollaron movimientos nacionalistas designándolos como “nacionalismos integradores”, con una expresión de Charles Maurras. Estos países representaban reacciones contra el nuevo orden burgués, democrático y liberal que iba surgiendo, y en el cual las clases trabajadoras y los partidos socialistas tomaban protagonismo y se fortalecían continuamente (Llobera, 1994: 269). En la misma línea que planteaba Payne en párrafos anteriores, Llobera comenta que estos movimientos habían surgido como resultado de una gran crisis de confianza en el estado-nación, y lo hicieron como movimientos de renovación y revitalización del mismo. Además, pone como ejemplo al Nazismo como un régimen en donde se centró la idea de nación concebida de manera inseparable del estado. De esta forma, los fascismos tendieron a suponer a la nación de manera instrumental, es decir, como una “fuente de energía” para el ejercicio de la voluntad y de la fuerza.

Este sistema político encuentra en un discurso nacionalista la base de la movilización de las masas, y se caracteriza por reinventar la esfera política, las creencias y la vida social, a través del control de los medios de comunicación, la educación y la puesta en marcha de diversos métodos de adoctrinamiento. Es en este sentido que el Estado totalitario encarna la tercera fase del nacionalismo, propuesta por Llobera, en el cual se observa una comunidad nacional que no puede separarse del aparato del Estado. De esta manera el individuo se ve subordinado al Estado, por ser parte de la Nación.

Los movimientos fascistas, basados en un modelo nacionalista, se extendieron por toda Europa, sea en el poder o en la oposición, en el periodo de entreguerras. En los países donde salió victorioso políticamente, el fascismo llevó a cabo políticas extremas de construcción de la nación, en pos de crear una homogeneidad nacional que consideraban necesaria para mantener a las masas en concordancia con las ideas míticas y hasta místicas de la nación. La creación y fortalecimiento de mitos y símbolos de la comunidad nacional le servía al fascismo para desdibujar la distinción entre las esferas pública y privada. “El fascismo, basado en una combinación de terror y consenso, insistía en la participación de las masas en cultos que generaran un sentido de pertenencia a la nación y que permitieran a los individuos sentir que participaban de los intereses de la nación” (Llobera, 1994: 269 y 270).

En el caso de la Alemania Nazi, es en este punto donde puede vislumbrarse el campo de competencia con las iglesias, tanto católica como protestante. Este ámbito de lo simbólico y lo mítico fue tan importante y central en la emergencia del régimen nazi, y de los principios que lo erigían, que llevó a entablar una relación muy áspera con los dirigentes eclesiásticos y con el bajo clero. ¿Qué función se le pretendía dar a la religión, católica o protestante, aquel culto a Dios, en un sistema que creaba un misticismo prácticamente paralelo pero alrededor de la idea de Nación y de su líder? Las iglesias y la religión en sí constituyeron un obstáculo para ese sentido de pertenencia que se procuraba crear.

Este enfrentamiento, lleno de graves y prolongados conflictos, entre el régimen Nazi y las Iglesias repercutía sobre la opinión de aquella importante porción de la población que predicaba su fe católica o protestante. En este sentido, Kershaw en el capítulo dedicado a la esfera religiosa de *El mito de Hitler* nos comenta que dicho enfrentamiento a pesar de haber generado un alto grado de hostilidad hacia el partido Nazi y, a su vez, hacia el régimen tuvo un impacto mucho menos negativo sobre la popularidad de Hitler. Esto sucedió así porque Hitler quedaba apartado de los conflictos mas fuertes y, de esta manera, se reforzaba muchas veces la idea de que era un ferviente defensor de los valores religiosos de la cristiandad frente, por supuesto, a los fanáticos ideólogos del movimiento nazi.

Como mencioné anteriormente, el régimen Nazi tenía una impronta muy fuerte respecto al plano simbólico y místico, que molestaba a los círculos eclesiásticos. El liderazgo heroico que se perseguía en tiempos del germen del nacionalsocialismo traía de la mano un marcado componente de “mesianismo”; así, incluso antes de la llegada al

poder, los escritores y teólogos *völkisch* y nacional-conservadores sugerían una mezcla entre un liderazgo secular con uno divino. Gracias a los propagandistas nazis, la creación de la esperanza de un redentor, empapada de una imagería pseudorreligiosa, quedó ligada y alimentaba el culto al *führer*. Entre los católicos y mucho antes de 1933, Hitler nunca estuvo exento de diversas acusaciones que sostenían que se oponía de modo fundamental a la cristiandad; sin embargo, entre los protestantes obtuvo mas éxito al explotar una imagen que respondía a una creencia en Dios, con amplias capacidades de trascender las divisiones confesionales al trabajar por una renovación ética y moral de Alemania (Kershaw, 2004: 147).

Apenas se convirtió en canciller, el lenguaje que era utilizado en los discursos públicos de Hitler había adquirido un marcado tono mesiánico y se encontraban repletos de simbolismos religiosos, así, la defensa del «despertar una nación» venía mezclada con una intensa sugerencia de una renovación religiosa. Para este momento, los millones de alemanes que eran ya creyentes de Hitler fueron movidos por aquella gran dimensión religiosa que componía el mito del *führer*, ya que asistimos a una época en la cual las prácticas religiosas se encontraban todavía intactas, a pesar de los cambios históricos acaecidos, y llevadas a cabo bajo presión, en donde la opción de una secularizada expectativa de un redentor y de la salvación nacional que venía de la mano de Hitler, se constituía con eficacia y de manera atractiva como un sustitutivo de la fe. Incluso la imagen de Hitler como dueño de un carácter profundamente religioso parece haber persuadido a destacados hombres de la Iglesia, por ejemplo el mismo cardenal Faulhaber, muy influyente dentro de la Iglesia católica y activamente crítico hacia las políticas llevadas a cabo por el régimen que desfavorecían a su Iglesia, calificaba al líder del nazismo como una persona profundamente religiosa y que vivía sin duda con fe en Dios. Ante esta situación, Kershaw aprecia “La evidente habilidad de Hitler para fingir, incluso ante dirigentes eclesiásticos potencialmente críticos, una imagen de un líder deseoso de apoyar y proteger a la cristiandad fue crucial para que influyentes miembros de las dos principales confesiones transmitieran esa imagen al público practicante” (Kershaw, 2004: 150).

La relación entre las Iglesias y el nazismo fue siempre ambivalente, por un lado, allí donde las instituciones, tradiciones, prácticas y creencias de la Iglesia estaban avasalladas por ataque directo de parte de los nazis, la actitud del desafío era notable, tenaz y en ocasiones exitosa, y por el otro lado, en otros sectores se perseguía un trato cordial y un cierto grado de acomodo.

Desde los primeros tiempos del Tercer Reich, las jerarquías de ambas Iglesias se dedicaron a calmar la ansiedad y la incertidumbre de la población practicante y pusieron en marcha un ámbito de respeto alrededor de la autoridad de Hitler. En términos generales, se produjo más aceptación hacia el nazismo de parte del clero protestante que del católico. Sin embargo, ambas confesiones toleraron el nazismo y aceptaron, sin objeciones, los ataques a las minorías raciales, sociales y políticas llevadas a cabo por aquél. La lealtad de las Iglesias hacia el *führer* se veía reforzada por la idea del «peligro bolchevique» que la propaganda nazi había hecho de público conocimiento a través de grandes campañas tras el estallido en 1936 de la Guerra Civil en España.

Las ambivalencias eran más marcadas en los ámbitos protestantes y más tenues en el caso de la Iglesia católica, en esta última el choque ideológico era de carácter más fundamental y la relación con el nazismo se constituía como una guerra de desgaste; por un lado, se daba un reconocimiento a los logros nacionales de régimen y, más aun, hacia Hitler en tanto pináculo de dicho régimen y, por el otro lado, se realizaban profundas críticas y se condenaba toda interferencia en el ámbito de la Iglesia. A manera de ejemplo, Kershaw nos comenta que el cardenal Faulhaber durante un sermón en 1936, por un lado, criticaba fuertemente las políticas nazis aplicadas a las escuelas confesionales y condenaba la escenificación de sumarios morales en los que se inculpaba al clero católico pero, por el otro lado, pedía a la congregación de fieles que rezaran por el *führer*. El bajo clero católico era bastante más rotundo en su expresión de antipatía hacia el régimen y muchos de ellos fueron objeto de castigos políticos durante el Tercer Reich por ello; la mayor parte de sus críticas iban dirigidas a las cuestiones confesionales, y otras tantas críticas directas hacia el régimen y hacia la inestabilidad política. Sin embargo, pocas fueron las críticas abiertas hacia la figura de Hitler y la mayoría de los sacerdotes estaban dispuestos a comportarse en público de manera políticamente conformista.

No obstante, no podemos creer ciegamente en que la actitud pública de los dirigentes eclesiásticos se correspondiera con sus verdaderos sentimientos, “Las manifestaciones de lealtad al *führer* eran en parte una estratagema con la que compensar las críticas vertidas contra el partido, contra las SS o contra el personaje más odiado por la Iglesia, Alfred Rosenberg” (Kershaw, 2004: 154 y 155). De esta manera la oposición eclesiástica hacia el nazismo pasaba más como un disconformismo hacia los desafortunados caminos que había tomado el régimen o, también, como un conflicto

entre dos cosmovisiones irreconciliables donde el verdadero enemigo no era el imperialismo racial de Hitler, sino el *neopaganismo* de Rosenberg.

Alfred Rosenberg fue una figura muy importante dentro de la formación del partido nazi y de la conformación de sus pilares ideológicos. En 1934 publica *El mito del siglo veinte*, una obra pseudofilosófica donde contemplaba una total oposición al cristianismo en cualquiera de sus formas. En el capítulo 5 “Iglesia nacional y escuela alemanas” ataca al catolicismo por sus estrechas relaciones de larga data con la política y expresa:

“(…) se prohíbe al clero católico la actividad política y también las ligas católicas de exploradores han sido disueltas a fin de no permitir que surja un Estado dentro del Estado. (...) *La pugna por éstos mundos de ideas y de valores deberá desarrollarse, por consiguiente, de ser humano a ser humano, de forma a forma, dentro de la totalidad del organismo nacional, sin disponer para ello de medios de poder políticos.*” (Rosenberg, 1943: 340)

Y continúa resaltando las desventajas de dicha dependencia:

“En todas estas reflexiones sobre la reforma de la religión debe distinguirse entre el guía espiritual y el dirigente político estatal. Cuando el primero descubre la orientación interior de una nueva búsqueda y en tal caso combate conforme a la naturaleza de las cosas los viejos contenidos y formas al construir un nuevo cuerpo anímico-espiritual, no tiene ninguna clase de derecho de exigir para ello la protección política, judicial y militar del Estado. Fue una fatalidad para el verdadero fervor religioso que la Iglesia romana trató, con ayuda de organizaciones políticas, de asegurarse en todas partes el “brazo secular”. A raíz de ello ha conquistado hoy una posición de poder enormemente fuerte, pero, sin embargo, también se ha hecho dependiente con frecuencia –gracias a los subsidios estatales- de estos Estados, (...). Pero la posición del poder político (...) ha expulsado la contemplación (...)” (Rosenberg, 1943: 340)

Rosenberg defiende nuevos valores de una Iglesia Nacional Alemana, que será conformada, según lo que cuenta, con elementos del culto católico y también del protestante, lo cual es ampliamente provocador hacia dichas iglesias:

“No se trata, pues, en la fundación de una Iglesia Nacional Alemana de la defensa de cualesquiera afirmaciones metafísicas, no de la exigencia de tener por verídicos relatos históricos o legendarios, sino *de la creación de un elevado sentido del valor*, es decir, de la selección de aquellos seres humanos que, junto a toda la multiplicidad de convicciones religiosas y filosóficas, han ganado de nuevo la profunda confianza interior en la propia naturaleza, se han conquistado una concepción heroica de la vida. Precisamente este viraje anímico-espiritual me parece ser especialmente revolucionario, ya que solo de este modo será conocido como insustancial el objeto principal de las luchas religiosas que tuvieron lugar hasta ahora – dogmas metafísicos-, y su defensa llegara a ser asunto del individuo, no de una totalidad” (Rosenberg, 1943: 341)

Las repetidas críticas hacia la Iglesia católica se ven sumadas a la inversión de los valores tradicionales propuestos por Rosenberg; en lugar del milenarismo adoctrinamiento sobre los pueblos provisto por la Iglesia el autor propone que aquellos, y su cultura, sean los que le den forma a la religión:

“Las confesiones han sido hasta ahora patrones que procuraron estampar su “ser así” (*Sosein*) al viviente ser “*existente*” (*Dasein*) de los pueblos. De ahí las luchas anímicas. Estas no cesaran antes de que los pueblos hayan desaparecido como valores de conciencia y las confesiones clericales hayan triunfado, o hasta que el “ser existente” popular haya impuesto sus leyes vitales a las Iglesias. En el primer caso se puede renunciar a toda forma vital específica. En el segundo caso comenzara una verdadera cultura. (...) no es el cristianismo quien nos ha traído la cultura, sino que el cristianismo debe sus valores permanentes al carácter germánico” (Rosenberg, 1943: 354 y 355)

Como veníamos viendo, la figura de Hitler rara vez era objeto de alguna crítica y se lo asociaba directamente con la protección de la religión tradicional frente a los ataques de los radicales del NSDAP. Mas aún, el *führer* personificaba la unión entre la cristiandad y el nacionalsocialismo, y los miembros del partido representaban a quienes socavaban dicha simbiosis. Alimentaban esta situación una actitud positiva por parte de Hitler hacia la Iglesia, su postura religiosa y su ubicación dentro de una política en

apariencia moderada. En el único punto que recibía críticas Hitler era en cuanto a que permitía que se llevaran a cabo ciertos “desajustes” dentro del régimen.

El desprecio que inspiraban dentro de la Iglesia católica los miembros y las políticas anticlericales del partido nazi convivían con actitudes positivas hacia Hitler, hacia la autoridad del Estado y hacia las principales políticas internas y externas que no interfiriesen con las esferas de la Iglesia (Kershaw, 2004: 162). Sin embargo, sería erróneo llegar a pensar que la figura del *führer* quedó intacta luego de los procesos de quebrantamiento del poder antes detentado, deslegitimación, despojo de bienes materiales y reducción de espacios para su acción llevados a cabo hacia las Iglesias.

La ingenuidad que tiñe todas estas cuestiones, plantea Kershaw, haciendo ver a Hitler como un dirigente que no estaba informado de las cosas que sucedían, como si se desarrollaran a sus espaldas y en contra de sus deseos, especialmente en lo referente a las políticas relacionadas con la Iglesia, responde a una “necesidad psicológica de disponer de un dirigente nacional de talla que se desenvolviese en una elevada esfera, fuera y a buena distancia de la «conflictiva esfera» de la arena política cotidiana” (Kershaw, 2004: 163). De esta manera, la cotidianeidad de los fieles estaba más relacionada con los miembros radicales del partido nazi, que eran quienes interferían e intentaban destruir la urdimbre de la vida cristiana.

Alemania es, simultáneamente, la cuna de la Reforma y el único país europeo quedó irremediabilmente dividido por ella. De todas maneras, dicha Reforma generó ideas de identidad alemana que permanecieron en la conciencia nacional varios siglos después. A pesar de contener una gran población católica, para la época de Bismarck, Alemania era esencialmente protestante. Richard Grunberger resalta que en terreno puramente religioso, la ideología “étnica” estaba dividida en dos tendencias divergentes; por un lado, aquella que aspiraba a una forma de cristianismo puramente alemán, despojado de todo elemento romano y judío, el cual se centraba en Jesús, en la raza aria y el espíritu guerrero y, por el otro lado, un neopaganismo que rechazaba totalmente la figura de Cristo y rendía culto a la naturaleza centrado en el sol. El fin de la Primera Guerra Mundial trajo consigo importantes cambios para las dos Iglesias: en la medida que el protestantismo había sido la religión de estado del *Kaiserreich*, se vio profundamente afectada en su prestigio por la derrota y el hundimiento del imperio. Este proceso se vio acompañado por un resurgimiento del cristianismo alemán y del neopaganismo en las márgenes de la Iglesia protestante (Grunberger, 2007: 458).

Al momento en que Hitler llega al poder ambas iglesias se encuentran en una situación muy compleja ya que se ven afectadas, aunque de manera diferente, por dos aspectos básicos del Tercer Reich, tales como el carácter mesiánico del nazismo y la injustificada reclamación por parte del Estado de un poder político ilimitado. Los protestantes con su organización sinodal y su división en iglesias regionales de orientaciones diversas, estuvieron más expuestos a la penetración nazi que los católicos, quienes con más autonomía y una organización mas compacta, formaban parte de una Iglesia universal con una cúpula supranacional (Grunberger, 2007: 460). De la misma manera, existieron mas posibilidades de aunar fuerzas entre el nazismo y un sector del protestantismo para conformar una Iglesia Estatal Cristiana Alemana que por parte de los ámbitos católicos, ya que éstos, dadas aquellas características, quedaban al margen de dicho proceso. Es por ello que el autor nos comenta que los dirigentes católicos, tanto clericales como laicos, decidieron durante las primeras etapas de consolidación del poder nazi, establecer un *modus vivendi* con Berlín a través del Concordato de 1933 para poder conservar apenas un control sobre la educación y las instituciones municipales a cambio de un reconocimiento del régimen por parte del Vaticano y de la sumisión política de la jerarquía católica alemana. Para llevar tranquilidad y generar apoyo por parte de los dos campos eclesiásticos, los nazis pusieron en marcha una revitalización de diversos rituales religiosos, tales como fiestas, matrimonios, bautismos, entre otros, hasta prácticamente ponerlos de moda.

Una de las esferas de poder más importantes de la época eran las instituciones de enseñanza, entre ellas las escuelas, ya que históricamente a través de ellas se podía lograr impregnar hasta las células más mínimas de la sociedad la ideología triunfante del Estado. Es por ello que en el Tercer Reich las escuelas fueron rehenes del enfrentamiento entre los nazis y la Iglesia. Esta oposición trajo como consecuencia que los nazis pusieran en marcha acciones en pos de la separación religiosa en la escuela y consiguieron obligar a la mayoría de los padres a trasladar a sus hijos a escuelas interconfesionales. Las quejas por parte de los clérigos se multiplicaron por todas partes ya que consideraron que el traslado de los niños católicos hacia instituciones que no persiguieran las mismas enseñanzas ocurría en circunstancias de coacción e ilegalidad. El cardenal Faulhaber en Enero de 1936 se refería de la siguiente manera respecto a esto:

“Sería una pesada carga para nuestra conciencia si callásemos en esta hora decisiva. Por esto nos dirigimos a vosotros, padres de familia católicos, y os

rogamos e intimamos que penséis en vuestra responsabilidad e inscribáis a vuestros hijos en las escuelas religiosas. Pues no es cierto que en las escuelas mixtas laicas la educación religiosa esté garantizada de igual manera que en las religiosas, según se afirma” (Testis Fidelis, 1943: 25).

En el mes de Agosto del mismo año en una comunicación dirigida a los fieles por parte de la Curia Eclesiástica de Munich también se escuchaban los reclamos frente a la situación escolar:

“A miles de padres le fue imposibilitada la inscripción libre de sus niños en las escuelas religiosas, contra la ley y la justicia, por medio de un terror indescriptible. (...) A obreros, empleados y empleadas del Estado se les ha atemorizado amenazándoles con desventajas económicas y hasta con la perdida del trabajo y sustento, a fin de que retirasen a sus hijos de las escuelas religiosas y les inscribiesen en las escuelas mixtas nacional-socialistas” (Testis Fidelis, 1943: 35 y 36).

La exclusión religiosa en las escuelas alemanas era parte integral de la política nazi y se sostuvieron en el tiempo ya que en 1938 en una Pastoral emitida por el Obispo de Maguncia, el monseñor Alberto Stokr expresaba:

“Nuestro dolor (por la clausura de las escuelas privadas católicas) seria mas llevadero si supiéramos que nuestros niños podrían frecuentar otras escuelas dignas de confianza. Por el contrario, los vemos expuestos a una educación que nos causa sumo pesar. Desde hace años estamos observando apesadumbrados las medidas que tienden a la destrucción de las enseñanzas religiosas en las escuelas públicas de nuestra diócesis. El numero de horas dedicadas a la enseñanza religiosa disminuyendo cada vez más, y se aleja más y más a los sacerdotes de la instrucción religiosa. (...) A menudo los maestros laicos dictan estas clases en contradicción a las instrucciones de la Iglesia. Se omite gran parte del Antiguo Testamento, aunque también este texto pertenezca a la palabra divina. Ya no quieren enseñar la religión de acuerdo con las tradiciones de la Iglesia fundada por Cristo, sino en conformidad con la doctrina racial, negando toda importancia a la salvación eterna” (Testis Fidelis, 1943: 90 y 91).

Pese a todos los lamentos, la Iglesia se enfrentó a un proceso de pérdida de influencia entre la juventud. A su vez, en 1936 pasó a ser obligatoria la pertenencia a las Juventudes de todos los chicos y chicas de entre diez y dieciocho años, frente a esta situación las autoridades eclesiásticas apenas pudieron recomendar a los padres católicos que no confiaran en dejar a sus hijos en estas Juventudes, ya que eran activamente hostiles a la Iglesia. Sumado a esto, contemporáneamente se dio un proceso de difamación dirigido a un sector clave del catolicismo institucional como los monasterios y conventos; se llevaron a cabo juicios a cientos de monjes y religiosas bajo acusaciones que iban desde transacciones monetarias ilegales hasta perversiones sexuales.

Dentro de este contexto, se desarrolló una corriente neopagana del Tercer Reich, denominada El Movimiento de la Fe. Éste consistía en un improvisado anexo espiritual del nazismo y se definían por sus artículos de fe de carácter negativo y por una marcada hostilidad hacia el cristianismo y demás iglesias establecidas. Para continuar y completar las medidas antieclesiásticas que se venían desplegando, los nazis impulsaron una campaña encaminada a persuadir a los feligreses a abandonar la Iglesia y “convertirse” a este neopaganismo. Las actividades que llevaba a cabo este Movimiento de la Fe estaban dirigidas hacia la descristianización de los rituales en torno al nacimiento, el matrimonio, la muerte y festividades muy simbólicas, tales como la Navidad, que fue reconvertida en un festival pagano del solsticio. La descristianización se impregnaba en todos los rincones de la vida cotidiana de la sociedad, desde grandes demostraciones públicas hasta las mas pequeñas, como el retiro de los crucifijos de lugares donde era común verlos desde hacia siglos, como hospitales y escuelas. Por supuesto, esto tuvo eco entre los miembros de la Iglesia católica, ya que el cardenal Faulhaber expresaba en un sermón en Diciembre de 1936 lo siguiente:

“Ha sido iniciada una propaganda que pretende descristianizar la vida de nuestro pueblo por todos los medios, aun por la misma presión domestica, haciendo todo lo posible para alejar de la Iglesia a muchos. La propaganda se dirige especialmente a los empleados y dirigentes del movimiento nacional-socialista y a ciertos profesionales que en cierto modo dependen del mismo” (Testis Fidelis, 1943: 44).

A su vez en Octubre de 1937, en una Pastoral el Obispo de Berlin, Monseñor Von Preysing decía que

“...bajo el lema «descristianizar la vida pública», están esforzándose continuamente para concebir medidas destinadas a sofocar la voz de la Iglesia en la vida pública... la campaña contra la Iglesia se desarrolla por etapas, pero con absoluta seguridad en cuanto a los propósitos” (Testis Fidelis, 1943: 70).

Además de desplazar a cientos de maestros religiosos de las instituciones de enseñanza, los nazis habían nombrado a algunos profesores de religión que eran activistas del Movimiento Alemán de la Fe e inculcaban el neopaganismo a sus discípulos, sumergiendo a los jóvenes en un ambiente totalmente irreligioso. Las lamentaciones respecto a la expulsión de los maestros religiosos se hicieron escuchar; en Septiembre de 1938 en una carta Pastoral los obispos de Baviera comentaban:

“Entre las amargas tribulaciones y persecuciones que la Santa Iglesia debe sufrir en nuestra patria alemana debemos contar con el alejamiento de los docentes católicos de la instrucción y la educación publica. (...) 367 docentes religiosas han quedado sin trabajo y profesión mediante estas disposiciones. Durante decenios (...) han trabajado estas congregaciones con verdadera devoción sirviendo a la juventud. Sostenidas por la confianza de los padres de familia y por el amor de los niños, estas maestras han esparcido la bendición de una educación y enseñanza cristiana, bendición que se transmitió, cual preciosa herencia, de generación en generación en las mismas familias” (Testis Fidelis, 1943: 105).

Las políticas antieclesiásticas dirigidas al ámbito escolar se fueron aplicadas en todos los rincones del mismo. Esto puede verse en la reducción a un día por semana de las clases de religión en las escuelas, incluso se le ordenó a los directivos que modificasen los horarios con el fin de que la clase de religión ocupase la primera o bien la ultima hora de la jornada, lo que constituía una clara invitación a faltar a ella (Grunberger, 2007: 470). Las autoridades católicas vieron el perjuicio de esta medida y ello se impregnó, por ejemplo, en una Pastoral del obispo de Münster, Monseñor Clemente Von Galen, del mes de Diciembre de 1936:

“... continúan desalojando la instrucción religiosa del horario obligatorio. (...) no son pocos los maestros y directores de escuelas profesionales que siempre insisten en llamar de nuevo la atención de los alumnos acerca del

hecho de que la asistencia a esta «materia reglamentaria» es facultativa. Claro esta que jóvenes, incapaces aún en su inexperiencia de apreciar el valor actual y futuro de la enseñanza religiosa, fácilmente descubrirán en esas observaciones estímulo y seducción para no asistir a las clases respectivas, pues el frecuentarlas les obliga a sacrificar algo de su tiempo libre o hasta levantarse mas temprano” (Testis Fidelis, 1943: 41).

Una de las protestas más enérgicas de parte de la Iglesia contra la actuación del nazismo se produjo a raíz de un gran exterminio de enfermos incurables y alienados mentales. El cardenal Von Galen había descubierto los detalles del programa de eutanasia, mantenido hasta ese entonces bajo un cuidadoso silencio, y comenzó a difundir los detalles de aquel plan masivo de muerte tanto a viva voz como a través de publicaciones clandestinas. En 1941, en un sermón llevado a cabo en la Iglesia de San Lamberto de Münster, Von Galen exclamaba:

“Desde hace varios meses atrás hemos sabido que, personas que han estado por mucho tiempo enfermas y que parecen incurables, son arrancadas de sus hogares o de los sanatorios para enfermedades mentales, a raíz de ordenes llegadas desde Berlín. (...) estos numerosos casos de muerte inesperada no son naturales, sino en su mayoría deliberadamente provocados, siendo esta la consecuencia de una falaz doctrina: que es admirable acabar con la «vida que es indigna ser vivida» y que, por consiguiente, es licito matar a personas inocentes cuando se piensa que sus vidas ya no son mas útiles para nuestro pueblo y para nuestro País. (...) Se piensa fríamente que ya no pueden producir riqueza, y que son como maquinas viejas que ya no pueden trabajar (...) estamos hablando de seres humanos, de nuestro prójimo, nuestros hermanos y hermanas, gente pobre y desvalida... seres improductivos, tal vez; pero ¿acaso han perdido por esto su derecho a la vida? ¿Tenéis vosotros, o tengo yo es derecho a vivir tan solo mientras seamos productivos; tan solo mientras los demás nos consideren productivos?” (Testis Fidelis, 1943: 161, 162 y 163).

El clamor que traía consigo este sermón tuvo tal repercusión que unas semanas posteriores a él una orden del *führer* hizo que se detuviera la aplicación del programa de eutanasia, al menos por un tiempo.

Grunberger plantea que la política de los católicos respecto al régimen nazi combinaba la indiferencia en asuntos secundarios con una tenaz defensa de lo esencial, ya que por un lado la Iglesia se oponía a las medidas de esterilización y, por el otro simultáneamente, estaba de acuerdo con algunos aspectos de la política eugenésica nazi, tales como la promoción de la fecundidad y la vida familiar. En el caso de la Guerra Civil española, cuando Alemania tomó un papel activo en ella del lado de Franco la Iglesia apruebo esta intervención. Hitler también obtuvo un amplio apoyo por parte de la Iglesia al momento de invadir Polonia en Septiembre de 1939, ya que era el país más católico de Europa en ese entonces. Por su parte, el ataque a la Unión Soviética, en 1941 consiguió una aprobación general del clero ya que condenaban a los rusos por su hostilidad contra Dios y su odio a Cristo. Sin embargo, simultáneamente eran preocupación de la Iglesia las políticas antirreligiosas y las tendencias paganizantes del régimen del Tercer Reich y que la guerra, que avanzaba sin cesar, funcionaba como catalizador de las mismas.

El antisemitismo constituía un tentador punto de coincidencia del dogma nazi con una arraigada animosidad de los católicos, nos explica Grunberger; de hecho en algunos ámbitos católicos, para 1936, se consideraba a las leyes de Nuremberg como una indispensable salvaguardia a la integridad cualitativa del pueblo alemán (Grunberger, 2007: 466). El abrumador silencio de las Iglesias frente a la tragedia judía tuvo causas diversas, algunas respondieron a cuestiones tácticas tales como el temor de provocar represalias por parte del régimen o alejarse de la opinión pública; y otras de orden doctrinal ya que muchos cristianos veían en las atrocidades y crueldades nazis la prueba de la maldición de Dios sobre el pueblo judío.

Con un discurso bastante más radical, Daniel Jonah Goldhagen declara que las ideas del clero católico alemán sobre el carácter de los judíos tenían mucha concordancia con las ideas de los nazis. Los sacerdotes concebían a los judíos como un pueblo dañino y malévolos, del que surgían muchos de los males que afectaban a Alemania ya desde épocas previas a la llegada de Hitler al poder. Estaban convencidos de que los judíos eran autores y promotores de las tendencias modernas hostiles al catolicismo, y al bienestar social y religioso en su totalidad; además, señalaban que los judíos difundían el libertinaje moral, predicaban el descreimiento, se burlaban de

tradiciones sagradas, se aprovechaban del trabajo de los cristianos, socavaban los lazos solidarios de la comunidad y fomentaban un arte moderno decadente (Goldhagen, 2003: 160).

La Iglesia utilizaba el antisemitismo en su lucha contra la modernidad haciendo responsable a los judíos de su desarrollo, les echaba la culpa de las desventajosas transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que había traído consigo y que ponía en peligro el control que la Iglesia ejercía sobre su pueblo. Esta batalla contra la modernidad era netamente política y respaldada por el antisemitismo europeo y arraigó muy fuertemente en Alemania, donde los antisemitas radicales estaban convirtiendo a los judíos en el símbolo de todo aquello negativo que pasaba en el país y en la modernidad; de esta forma, la Iglesia cumplió un papel muy importante en la creación de ese clima cultural y político antidemocrático y antimoderno que abonó el terreno para el ascenso del nazismo. De hecho Goldhagen plantea que el antisemitismo condujo al Holocausto.

Que el antisemitismo de la Iglesia haya sido la causa necesaria para dar paso hacia el Holocausto, no significa que fuera la causa suficiente, explica Goldhagen; pero sostiene que tampoco los nazis sacaron su antisemitismo de la nada y que el envenenamiento producido por la Iglesia tiempo antes, de una porción de la cultura alemana y europea con su antisemitismo, contribuyó a que millones de seguidores antisemitas se unieran a las deshumanizadoras y violentas políticas nazis basadas en aquel prejuicio hacia los judíos. Además, la constante propagación del antisemitismo que puso en marcha la Iglesia en el periodo de la Alemania nazi fortaleció el apoyo popular hacia la persecución y la eliminación de los judíos.

La Iglesia suele presentarse y legitimarse como una institución moral, pero sus errores y defectos son defendidos desde el lugar que ocupa como ente político, como en el caso de su papel frente al Holocausto, presentando así una ambivalencia notoria dependiendo de las circunstancias. Goldhagen se pregunta: ¿Qué principios regían cuando esta institución moral cambiaba la moralidad por la conveniencia, es decir, por su propio poder? Y explica que en la década de 1930, el régimen nazi llevaba a cabo su intenso, violento y eliminador ataque contra los judíos, entre otras cosas, creando campos de concentración e institucionalizando prácticas de tortura. Los campos de concentración en un principio se utilizaron para enviar a comunistas y socialistas, quienes constituían un enemigo tanto para el régimen como para la Iglesia y como tampoco en ese entonces esta institución corría ningún peligro de existencia eligió

guardar silencio e incluso prestar apoyo tácito o activo a ese régimen criminal en alguno de los ámbitos nombrados. No obstante, destaca que existieron obispos, sacerdotes, monjas y laicos que alzaron su voz y ayudaron a los judíos a ocultarse, pero que lo hicieron por propia voluntad, en contraste con la política oficial de la Iglesia.

En términos generales, la Iglesia desde sus inicios ha sido una institución política que, como mínimo, ha competido por mantener su poder en este mundo tanto como se ha ocupado de asuntos relacionados con el mundo de los Cielos. Goldhagen plantea que la Iglesia católica fue la primera institución política internacional que firmó y anunció un importante acuerdo con Hitler, y lo hizo con el fin de mantener sus poderes mundanos. Y al presentarse como una institución moral, estaba concediendo legitimidad moral *de facto* al régimen del *führer*. Además, ayudó a los alemanes a perseguir a los judíos del país al facilitar el acceso de los archivos genealógicos. También se unió al régimen en la denuncia de los judíos y luego guardó un silencio casi absoluto mientras los nazis llevaban a cabo el genocidio.

La iglesia católica actuaba como una institución no moral sino política; esta institución tiene un Estado propio, enormes propiedades materiales, establece tratados de cooperación y tiene una enorme proporción de fieles. Respecto a su doctrina, al igual que una ideología de un Estado, es política y tiene consecuencias también para los no católicos. Se suma, como venimos viendo, que a lo largo de la historia, la Iglesia se ha visto alentada por un tipo de nacionalismo agresivo y ha predicado el exclusivismo, una conquista imperialista de las almas, y también el desprecio y el odio hacia otras personas, en especial los judíos (Goldhagen, 2003: 113).

A modo de conclusión quisiera resaltar que la relación entre el Tercer Reich y las iglesias fue compleja y ambivalente, ya que simultáneamente se daban procesos de complicidad y aceptación por parte de los religiosos hacia las políticas nazis que no interfirieran con sus principales intereses; y también se daban diferentes procesos de cooptación y establecimiento de límites de parte de los nazis hacia la Iglesia, por lo cual esta última se quejaba a menudo. Si bien existió una lucha por el poder entre las iglesias y el gobierno nazi, que de momentos puede parecer que constituyeron dos puntos divergentes dentro del periodo estudiado, muchas veces compartieron intereses, objetivos, ideología y ambiciones.

En esta competencia por dominar las esferas del poder el régimen nazi buscaba controlarlo todo y, de hecho, lo logró al intervenir desde lo mas macro como la economía, la política, la religión, la justicia, el arte, entre muchas otras, hasta lo mas micro de la sociedad como el papel de la mujer, la manera de hablar, el humor y cuestiones de marcada cotidianeidad. Por su parte la Iglesia, la católica mas que la protestante, insistió en la resistencia de dicho proceso, siendo sus miembros concientes de su relevante lugar dentro de la sociedad alemana y europea de ese entonces; a pesar de todo, el catolicismo consiguió mantener su cohesión y conservar la fidelidad de una buena porción de sus creyentes a través de una combinación de una política de resistencia con actitudes y practicas de gran asentimiento.

Bibliografía

- Grunberger, Richard, (2007), *Historia social del Tercer Reich*, Barcelona: Editorial Ariel.
- Goldhagen, Daniel Jonah, (2003), *La Iglesia católica y el Holocausto. Una deuda pendiente*, Buenos Aires: Taurus.
- Kershaw, Ian, (2004), *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el tercer Reich*, Buenos Aires: Paidós.
- Lobera, Joseph, (1994), *El dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Barcelona: Anagrama.
- Payne, Stanley, (1996), *El Fascismo*, Madrid: Alianza.
- Rosenberg, Alfred, (1943), *El mito del siglo veinte*, Munich: Ediciones Wotan.
- Testis Fidelis, (1943), *Diez años de cristianismo en el Tercer Reich*, Buenos Aires: Información católica nacional.